

## VIRTUDES DE GRAN DIVULGADOR

Rüdiger SAFRANSKI, *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo.*

Rüdiger Safranski (Rottweil/Württemberg, 1945) parece estar situado en el punto exacto que equidista del rigor y de la claridad, un lugar tan sólo reservado a aquellos eruditos que, además de poseer un vasto conocimiento, son capaces de esclarecerlo convenientemente para ser bien transmitido. En el campo de la filosofía, ésta es una virtud muy valorable, dada la tendencia que tiene este oficio a forzar las herramientas del lenguaje para buscar accesos diferentes a la realidad. Por eso, al igual que son necesarios autores originales que renueven léxicos y sentidos, no lo son menos aquellos doctos divulgadores que sean capaces de desliar la madeja de las mentes más brillantes y complejas de la filosofía.

Safranski hace alarde de este don a lo largo de toda su trayectoria, jalonada por algunos sugerentes ensayos —*El mal o El drama de la libertad. ¿Cuánta globalización podemos soportar?* o *¿Cuánta verdad necesita el hombre?*— y, sobre todo, por su intensa labor como biógrafo intelectual. Además de la obra que nos ocupa, *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*, disponemos de la traducción española de otras dos recomendables biografías, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, y *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*. También ha realizado un trabajo sobre la figura del romántico *E.T.A. Hoffmann. Das Leben eines skeptischen Phantasten* (aún sin publicar en España), y acaba de editarse en Alemania *Schiller oder die Erfindung des deutschen Idealismus*, que promete ser un nuevo éxito en el camino divulgador de Safranski y que llega a tiempo para conmemorar el segundo centenario de la muerte en Weimar de Friedrich Schiller, otra de las glorias literarias y filosóficas alemanas. Si tomamos en conjunto estos escritos biográficos, parecen obedecer al proyecto común de rastrear un cierto tipo de tradición alemana gustosa de pensar los abismos, esto es, de confrontarse con los límites de la experiencia humana; como si la vida, y con ella sus construcciones filosóficas, fuera un intento por mantenerse en el borde de esos abis-

mos, lo que constituye un esfuerzo en permanente peligro de fracaso. A estos filósofos, a los que se erigieron en hitos incontestables de la historia del pensamiento por ser conscientes de nuestras amenazas y de nuestras fuerzas, rinde homenaje Rüdiger Safranski.

No se puede negar la valentía de Safranski en la elección de sus proyectos, aunque tampoco el inmenso atractivo que encierran estas figuras fundamentales, y el prestigio que pueden otorgar a un biógrafo que sea capaz de hacerles justicia. Éste es el caso de un Safranski que, a cada paso, goza de mayor relevancia como escritor, gracias a esa mezcla de saber riguroso y de facilidad explicativa que transmiten sus obras. Ésta es la primera sensación que se tiene apenas se avanza en la lectura de *Un maestro de Alemania. Martin Heidegger y su tiempo*, y al comprobar que muchas de sus páginas son prodigiosos ejercicios de buen profesor, en los que una prosa atenta y cercana logra desvelar el pensamiento, siempre sugerente pero árido, del más influyente filósofo del siglo xx. Para tal fin, Safranski emplea una táctica inmejorable: la de extraer las ideas fundamentales del pensamiento heideggeriano, para luego exponerlas con adecuada claridad y en su justa relación, y todo ello sin devaluar su calado filosófico. Un método que vertebra todas sus biografías, y que encierra el secreto del buen hacer de un autor, capaz tanto de interesar a un lector de cultura media que se acerque a la filosofía, como de proporcionar al estudiante un vehículo de acceso privilegiado al saber filosófico.

Safranski hace visible el *camino del pensar* de Martin Heidegger al completo, destacando, sobre todo, su intento de transformación fundamental de la filosofía —o acaso lo que algunos consideran una salida de ésta— y el anuncio de una nueva actitud vital con el mundo. Pero éste será un camino contextualizado. Es en este largo recorrido donde mejor se advierte la valía de Safranski como escritor, como hombre de amplia cultura y como buen profesor. Son los vértices de la historia —aquellos elementos que tocan a Heidegger, pero que no dependen exclusivamente de su obra ni de su acción vital— los que proporcionan mayor dosis de importancia a *Un maestro de Alemania*. Safranski alude a las múltiples voces que colman la totali-



dad del siglo xx y la vida de Heidegger, desde el pasado inmortal de la antigüedad clásica, hasta los caminos abiertos por la propia filosofía heideggeriana, previo paso por los principales hechos culturales y sociales del siglo. Ineludiblemente, Heidegger es el protagonista de la biografía, pero también funciona como guía de una historia más amplia, de donde resulta un fresco fascinante que no perjudica la cadencia adecuada de la prosa, ni menoscaba las ganas de proseguir con la lectura. En definitiva, todo un ejercicio de amplio conocimiento que hace justicia al subtítulo de la obra: *Martin Heidegger y su tiempo*.

En este transitar, que es el del siglo, vemos, por ejemplo, a un joven Heidegger, que mantiene una relación ambivalente con la religión, pues nunca fue muy católico en la creencia, aunque sí en el gusto por los temas teológicos, por la tradición griega dominante y por la disciplina de estudio, aspectos que lo acompañarán para siempre. También vemos al Heidegger que propone modernidad en la escolástica y que critica cada vez más la filosofía católica, sobre todo a partir del descubrimiento de la historicidad. Leemos cómo en el medieval Duns Escoto encuentra la absoluta individualidad y heterogeneidad de las cosas y ya advierte que una ciencia que se base en la identidad y univocidad es incapaz de dar cuenta de la realidad de una manera completa. También presenciarnos cómo este acercamiento a la cosa en su peculiaridad y en su cambio permanente ocupa el centro de su formación filosófica, que tiene la influencia decisiva de la fenomenología de su maestro Husserl. De todo ello, Heidegger irá adquiriendo conciencia de que el mundo y sus ideas se mueven, por lo que el pensamiento objetivante —ése que plantea una distancia de superioridad entre el sujeto activo que observa y conoce, y el objeto pasivo a disposición del conocimiento y la manipulación— no logra captar la vida y, lejos de aprehender la realidad, la limita en exceso y la falsea. Para Heidegger, y ya en *Ser y tiempo*, todo sentido y todo significado pierden su omnipotencia, lo que provoca, en primer lugar, un sentimiento de opresión, una sensación de caos, de pérdida de los asideros del mundo (aquellos referentes seguros en los que se sustentaba nuestra pequeña vida mortal). Sin embargo, esta *experiencia del des-*

*asimiento* tiene otra cara: la de la apertura de posibilidades de acceso a la realidad diferentes del mero conocimiento, y la del aprecio del instante; en general, la de asumir nuestra propia problematización, y la del mundo, como una oportunidad. Éste parece ser el *mensaje* que Safranski pretende destacar en su biografía de la trayectoria filosófica de Martin Heidegger: la lucha contra la unilateralidad y contra toda falsa pretensión de fijación, así como la necesidad de rescatar el valor revolucionario de la pregunta, frente al conservadurismo de la respuesta segura.

Heidegger ya ha iniciado una trayectoria que, lejos de bifurcarse, Safranski señala como una línea más o menos continua que conduce hasta sus reflexiones (o evocaciones) finales. Una línea siempre atraída por la confrontación con otros filósofos, eternamente deudora de la Grecia clásica y marcada por la crítica muy de fondo a los presupuestos modernos de conocimiento, de razón y de dominio técnico. Con el martillo de esta feroz crítica al mundo circundante y a sus postulados metafísicos, Safranski nos conduce también por los controvertidos hechos vivenciales de Martin Heidegger, señalando otra gran virtud de *Un maestro de Alemania* (y del resto de su obra biográfica): la perfecta imbricación que consigue entre vida y pensamiento, entre acción exterior y pulsión interna. Si bien parece ésta, como la de aportar claridad donde escasea, una virtud necesaria de toda biografía, reconozcámosle mayor mérito a este caso, pues la persona Heidegger no resulta sencilla de despachar. Sus avatares personales no fueron pocos ni ligeros, fundamentalmente porque vivió en una Europa convulsa y porque pensó y participó en esa convulsión.

Heidegger formó parte de la barbarie del totalitarismo nazi como uno más de los esperanzados y convencidos de sus beneficios. Según Safranski, y a esto le dedica bastantes páginas, Heidegger ve en la opción del nacionalsocialismo el gran instante de la historia, la oportunidad de cambio que ya apuntaba su labor filosófica, por lo que la biografía sostiene que hubo una relación entre la filosofía de Heidegger y su modo de proceder político. Así, Safranski señala cómo el proyecto filosófico heideggeriano —según el cual el hombre, situado en un contexto

de acción y pensamiento en el que nace para iniciar un desarrollo conjunto, debe ser consciente de la no fijeza de las cosas, dotar de importancia al instante y fundar un nuevo modo de relación con el mundo, lejos de los postulados modernos de objetivación— es trasladado a la realidad política del momento, y cómo las *recomendaciones* hechas al hombre se trasladan a un pueblo que es visto como una unidad. Todo ello haciendo gala de un sentido bastante pobre del hacer político, aquel que nada sabe de la discusión y de la diferencia de puntos de partida y de destinos, y tan sólo habla de unidades originarias y de sentidos comunitarios. Si realmente existe esta vinculación entre filosofía y política, no sólo la inexperiencia de Heidegger en el ámbito público es la causante de su apoyo al nazismo, sino también su delirante interpretación filosófica, una *fábula del ser* que llevó por senderos erróneos y extremos, y creyó materializada en el surgimiento del nazismo. Eso sí, de acuerdo con Safranski, esa propia filosofía que condujo a Heidegger a actuar dentro del Partido, también le mantuvo lejos del antisemitismo y le permitió distanciarse más tarde del nazismo, al constatar la maximización de dominio organizado que éste supuso, vía exterminio. Si en un principio ve Heidegger en el nacionalsocialismo una necesaria ruptura, una revolución, una salida a la modernidad y un nuevo comienzo, poco a poco lo considerará la perfecta expresión de esa misma modernidad que era criticada por su frenesí técnico y por el triunfo del dominio y de la rigurosa organización. Nuevamente, la filosofía ocuparía el centro de atención del proceder heideggeriano. Pero, pese a su rectificación, no parece que Heidegger se disculpara nunca de manera tajante de su notoria participación como nazi, aunque sí parece haber adquirido conciencia de haberse hecho culpable.

Ante este decisivo hecho vivencial, Safranski se sitúa con un respeto que no se convierte nunca en entrega incondicional y con un reconocimiento que sabe ponerse límites. Una suerte de distancia que, lejos de excusar a su *personaje*, actúa con la crudeza que requieren los acontecimientos, pero que también se cuida de caer en una descalificación fácil y simplista que conduzca al descrédito total de la persona y del pensamien-

to de Heidegger. Ello talaría el enorme árbol teórico del filósofo, que ha visto nacer no pocas ramas posteriores, la mayoría de las cuales están libres de toda sospecha totalitaria. Una de esas ramas podría tener origen judío y estar formada por Arendt, Levinas y Derrida.

La relación que mantuvo Heidegger con Hannah Arendt es otro de los acontecimientos personales más destacados en *Un maestro de Alemania*. No en vano, este momento constituye un punto candente dentro de esa otra parte de la filosofía —más anecdótica— que no deja de ser interesante y esclarecedora, y que da cuenta de las vicisitudes amorosas y amistosas de los pensadores. No conviene despreciar sin más esta tarea, pues es notorio que muchos aspectos oscuros de otras tantas filosofías, o bien las motivaciones que las suscitaron, han quedado explicados gracias a elementos exógenos a la propia obra filosófica, como por ejemplo, la correspondencia entre amigos o entre amantes. En concreto, el caso de Heidegger y de Arendt tiene bastante interés, no sólo por ser, inicialmente y en superficie, una historia de amor entre un profesor y una alumna —algo muy del gusto de la morbosidad rosa— sino, sobre todo, por ser ambos importantes pensadores, y por haber enablado una relación marcada por el conflicto antisemita. Por supuesto que el romance tuvo una larga vida de rica discusión filosófica y de compañerismo, pero también existieron lógicos conflictos, surgidos del dolor que soportó la judía y exiliada Arendt a causa de la participación de Heidegger en el nazismo. Pese a ello, Safranski nos presenta a una Arendt que se convierte en maestra en el compromiso moral y que actúa dignamente, por encima de Heidegger, al retomar su relación —esta vez sólo amistosa— con el orgulloso profesor. En el terreno estrictamente filosófico, Arendt, bebiendo de la filosofía de su maestro, sabrá llevarla por derroteros desconocidos por el propio autor, otorgándole una mundanidad y un sentido político que, si bien no serán valorados por el filósofo, hoy en día la sitúan como una pensadora decisiva y con voz propia.

El progresivo abandono de la política lo inicia Heidegger interesándose por Hölderlin y la idea del *dichten* (poetizar). La poesía, en su





acercamiento a la cosa, señala el tan deseado camino de un nuevo modo de relación con ella, que rompa con la unilateralidad del saber objetivo y técnico, para vivir intensamente la proclamada apertura al mundo. Ésta es la adecuada relación con el ser que concibe Heidegger y éste es el sentido de lo divino que se ha perdido y que reivindica un Heidegger que ve similar búsqueda en la obra de Hölderlin. Tras el fracaso personal que supuso el compromiso político, fruto del intento de buscar lo divino de manera atropellada y precipitada, serán la filosofía y la poesía las encargadas de sentar las bases liberadoras que deberán impregnar después la realidad social. Bajo esta nueva luz, el nacional-socialismo es visto por Heidegger, al fin, como una traición al proyecto más general de fundar una nueva relación con el mundo.

Mientras esta fundación no se produzca, viviremos en un tiempo indigente, ya que Heidegger percibe la modernidad como técnica de las máquinas, ciencia instrumental, tráfico cultural y desdivinización. Una técnica que tiene un significado amplio en la filosofía del autor alemán, pues engloba tanto a los modos de producción estrictamente industrial, como a las actitudes y las necesidades humanas, ya regladas, repetitivas y perfectamente organizadas. Esta idea tiene el trasfondo metafísico que ya conocemos y que viene de lejos: el que supone al hombre como punto de referencia subjetivo frente al que se sitúan los objetos dominables, utilizables, rechazables o eliminables. La cosa no se muestra, sino que es violentada, forzada a ser aquello que se quiere para sacarle adecuado provecho. Bajo este provocar, la naturaleza se reduce a algo que está ahí para nosotros. De esto resulta un proceso repetitivo, circular y hueco —mero mecanismo sin un sentido más allá de su constante realización— que exige cada vez mayor organización y mecanización, pues el potencial disponible que es el mundo, debe ser planificado de manera adecuada para ser bien aprovechado. Todo se hace formalismo evidente y, dirá Heidegger, se pierde el misterio de la vida, la necesaria sensación de inseguridad y la idea de destino; es decir, ese modo de experimentar el mundo en el que todo, y no sólo el hombre, tenga la capacidad de mostrarse, de dejarse ver, de aparecer.

Frente al dominio racional encarnado en la técnica, Heidegger reivindica la experiencia del ser, de la cual Safranski quiere destacar (y rescatar) su sentido más inmediato: ése que se aleja de considerarla como experiencia de un mundo superior, para reivindicarla como experiencia del carácter inagotable de la realidad y la admiración que tal apertura provoca. Con esto, la vida se mueve al modo de un juego no determinado plenamente por el hombre, que es sólo un agente más —acaso privilegiado en su capacidad para reflexionar y poetizar— pero no el único. El ser es el elemento que garantiza, en todo el entramado heideggeriano, que el hombre no se pierda en la aparente seguridad que otorgan sus formulaciones concretas, pensadas como definitivas y sólidas construcciones de su autosolvencia. Sin embargo, tal vez haya que aplicar al ser heideggeriano aquellas palabras de Löwith que dudan de la posibilidad de entender razonadamente qué es ese misterio llamado ser. De hecho, Safranski no deja de destacar que el propio Heidegger contribuye a la confusión, ya que el desarrollo de tal misterio está lleno de expresiones poco claras que suenan a púlpito y que parecen apuntar hacia un nuevo tipo de dios. No un dios materializado o representable, sino una suerte de divinizar, de misterio transformador que escapa a toda forma. El pensamiento no debe fijar ese dios, sino dejarlo siempre sustraído, con lo que las formas de acceso a lo real, al ser, se vuelven pasivas. Serán el silencio, la custodia y la escucha las maneras más cercanas al ser, revelándose Heidegger como un profeta que insta a esperar una nueva época que ya no esté supeditada al ente, a lo fenoménico, a la objetivación, a la técnica racional moderna. Todo esto supone una mirada desde arriba, omniabarcante y privilegiada que Heidegger se atribuye a sí mismo.

Ésta es la época en la que Heidegger considera que su pensamiento debe huir de los criterios prácticos y de toda referencia a acciones y efectos exteriores, para convertirse en un tipo de pensamiento no utilizable. Es la época en la que Heidegger parece haber abandonado el lenguaje reflexivo, riguroso, conceptual, delimitante, por ser éste incapaz de hacer justicia a la realidad, por ser falsario intérprete del ser, por, con

el simple hecho de nombrar, dejar al margen demasiadas cosas de las que es imposible dar cuenta. Así, el lenguaje de Heidegger, consciente de su incapacidad, se refugia en lo que tiene de tanteo, de asombro, de misterio, de pausa y también de silencio. Este abandono se concreta en un hacer filosófico final que gusta de la aporía, la sugerencia poética, el destello, el trazo, la ruptura con la linealidad, el no-discurso, y que puede tener consecuencias perversas en el terreno de la acción, precisamente por mutilarla. Heidegger tenía conciencia del fin de una época —larga y fructífera— de vigencia de la razón, del sujeto, de dominio y de técnica. Tras ello, se abre paso la humildad de una razón que se sabe coja, la debilidad de un sujeto al que se le escapan demasiados matices de lo real, el fracaso de una técnica que se experimenta como absurda repetición de formalismos inútiles. Es, pues, el momento del silencio, de la espera, de no entorpecer el desarrollo de la realidad, de transitar veredas apenas perceptibles. Es el anuncio de un nuevo período filosófico, que no se sabe muy

bien si deja ya de ser realmente filosófico para convertirse en místicas flagelación y esperanza. Eso seguirá en discusión.

Pese a ello, repitamos el *mensaje* que rescata Safranski de su biografiado: tal vez el acercamiento a la vida que piensa Heidegger desde sus inicios fenomenológicos, y el situarnos en el contexto de la existencia como algo dado pero con futuro, aún y siempre por hacer, se mantengan durante toda su filosofía, incluso en los momentos finales de cierto oscurantismo lingüístico, en los que la apertura a buenas posibilidades futuras queda un tanto oculta tras lo abstruso del decir heideggeriano y la sensación de delirio místico. La vida es realización concreta que nunca se cierra, pero una realización que es necesario orientar por derroteros menos agresivos y omnipotentes, aunque también más imprecisos y volátiles. Por ahí va Safranski cuando resume, en su ambiciosa biografía, la aportación fundamental de Heidegger a la historia de la filosofía.

Rafael MORENO GUTIÉRREZ

